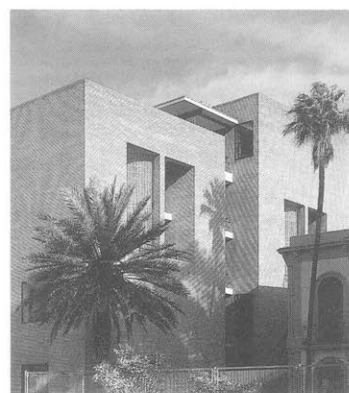


## Paladear el viejo vino de la buena arquitectura

Del tiempo, el Vino y la Arquitectura

Alberto Campo Baeza



La Arquitectura, la buena Arquitectura, como el vino, como el buen vino, necesita de una *idea* con raíces en la Historia, y de un *tiempo* para hacerla realidad. Un *tiempo* ineludible para generar aquella *idea*. Un *tiempo* imprescindible para madurarla, para desarrollarla, para construirla. Y un *tiempo* deseable para disfrutarla.

Cuando se gusta de un buen vino, quizás un dorado fino andaluz (un jerez una pizca amontillado), se hace algo más que ingerir una bebida. Se practica el ancestral paladeo de los dioses que provoca inusitados disfrutes. Se disfruta con la vista cuando, al levantar hacia el Sol el frágil catavinos, el astro rey lo atraviesa con sus rayos, arrancando los destellos del oro que ahí se contiene. Se disfruta con el olfato cuando, al pasar con parsimonia torera el vertical cáliz bajo nuestras narices, se desprenden los antiguos aromas que anuncian el inminente trance. Se disfruta en plenitud de la faena cuando, al posar un sorbo del sagrado caldo en nuestro paladar, inundados del milenario perfume, perdemos la noción del tiempo y los sentidos. O mejor, lo ganamos. ¡Oh maravilloso y sencillo milagro a nuestro alcance!

Y para gozar de este asequible prodigio se ha necesitado, se necesita, de un tiempo. La divina ceremonia requiere de un tiempo: el tiempo de *disfrutar*. Y para llegar a decantar, a *crear*, aquel preciado líquido, se ha necesitado, se necesita también de un tiempo. Todo el tiempo del mundo y de la Historia. Un contexto, una luz, un espacio, unos materiales, una composición, una idea generadora, una *sabiduría*!

Y con la Arquitectura pasa algo muy similar. Para *crear* y para *disfrutar* de una buena arquitectura, de la *arquitectura*, como de toda obra de Arte, hace falta *tiempo*. Y con esta, ya larga, introducción, quiero *subrayar* un factor que entiendo como imprescindible para lograr cualquier buena Arquitectura: el *tiempo*. Tiempo para crearla y tiempo para disfrutarla. Y si quiero insistir en ello es porque creo que una de las causas de la posible crisis de la Arquitectura actual es esta enloquecida prisa en que se zambullen muchos arquitectos. Es penoso ver a los maestros (*¿maestros?*) correr desmelenados tras la *fama* (léanse revistas, léanse encargos, léase dinero), matando una tras otra maravillosas ocasiones de hacer *arquitectura*. Quieren ser como dioses y estar en todas partes.

Si escribo todo esto con ocasión del nuevo **Conservatorio de Almería de César Ruiz Larrea**, es porque entiendo que tiene esa rara virtud de haber sido concebido y madurado y desarrollado en y con el tiempo conveniente. Así de bueno, espléndido, es el resultado. Desprende el inconfundible *aroma* de la *arquitectura*, tan difícil de encontrar en nuestros días.

Si uno se hubiera encontrado un día ante estas potentes fábricas de ladrillo, sin saber el nombre de su autor, hubiera podido afirmar sin dudar que se encontraba ante la obra de un maestro, tal es el grado de *madurez* que, en todos sus niveles, nos ofrece esta espléndida obra de arquitectura de este joven arquitecto.

La comprobada voluntad arquitectónica de César Ruiz Larrea le lleva a estar entre esos pocos (el tiempo les va haciendo caer) que han elegido, decidido con férreo esfuerzo, el camino de la Arquitectura, antes que la fama fatua o que el todavía fácil dinero. La calidad antes que la cantidad. La calidad de la arquitectura de Ruiz Larrea queda patente a través de sus interesantes obras a lo largo de estos años. Su increíble *casa* en la isla de Hierro, que las revistas *no han tenido tiempo de publicar*, es paradigma de cómo la Arquitectura debe actuar en un contexto de esa índole. Es de primerísimo orden. Si hubiera sido firmada por alguno de los *figuras* la tendríamos ¡hasta en la sopa!

César Ruiz Larrea es profesor de proyectos en la monstruosa Escuela de Arquitectura de Madrid. Es de los profesores,

pocos, que verdaderamente *interesan*. Asistir a una clase suya es como recibir en vena una dosis muy pura de Arquitectura: crea adicción. Sus alumnos, a los que transmite eficazmente su entusiasmo por la Arquitectura, empiezan ya a cosechar premios y a levantar sus *operas primas* de alta calidad. Pero, vayamos al análisis de la obra en cuestión.

Entendemos que el acierto básico de este Proyecto es el establecimiento de un **orden** que antes no existía. Así lo ha hecho siempre la *arquitectura*. Establecer un orden sobre el caos (¿qué fue sino Arquitectura la Creación?) y plantear un orden nuevo donde ya existía: es un criterio infalible aplicable en situaciones de fuerte contexto previo. En nuestro caso se actuaba sobre un desorden establecido por otros arquitectos, como desgraciadamente suele ocurrir. Ruiz Larrea entiende aquí con claridad las tensiones a las que quiere responder. Una vía principal para la que elabora, como cabeza, una torre. Una calle peatonal que potencia y recrea con naranjos, a la que vuelcan, guiñan tras las rejas, las correspondientes aulas. Una plaza proyectada, soñada de palmeras, presidida por la pieza del futuro auditorio. Una medianera que tapa y resuelve el propio edificio. Desde el punto de vista conceptual es algo más que un objeto autónomo. Es una pieza que genera espacios urbanos intermedios que lograr *coser*, casi *tejer*, un trozo de *ciudad* que parecía imposible que llegara a cuajar.

Si la Arquitectura es un sistema de **relaciones**, aquí queda patente cómo deben entenderse, plantearse y resolverse dichas relaciones. El orden interno aquí creado se consigue con unos sencillos mecanismos compositivos: se trata de un edificio lineal con dos focos que lo ponen en tensión, con principio y con fin. Una cabeza, entrada al edificio con la torre, aloja el programa de administración. Un eje, corredor en el que se engarzan las aulas, contiene el programa docente más genérico. Una base, articulada alrededor de un patio, donde se desarrolla el programa de aulas específicas de Ensayo y Danza. Y en los puntos de intersección, los elementos servidores de escaleras y aseos. Todo ello sobre una retícula estructural clara que crea un orden subyacente y que facilita la sencilla construcción del edificio. Este orden compositivo en planta tiene su lógico reflejo en la variación de las correspondientes secciones y volúmenes de la pieza: la alta torre de siete plantas, el gran cuerpo de las aulas de danza con seis plantas y el elemento lineal más bajo de tres plantas.

Quizás lo más brillante del Proyecto en su concepción *espacial*, reflejada en las interesantes *secciones* que se muestran en la realidad como enormemente eficaces. Sobre aquella trama estructural ordenada y rigurosa, se practica un juego de recorridos más libres que van creando secuencias de espacios que, en su relación con la luz, son de gran belleza. La *luz*, ¡cómo no! y más todavía esa muy especial claridad mediterránea de Almería, está aquí sabiamente controlada.

Frente al plantismo revisteril que nos invade, aquí se practica una concepción global del hecho arquitectónico donde el arquitecto intenta la máxima unidad entre plantas, secciones y alzados. Se descubre ¡nuevamente! la validez de la *unidad* como categoría de la obra de arte. Se entienden como especialmente acertados en relación con la luz los espacios de la escalera principal y los de las galerías a poniente (*...siempre les sugiero a los amigos... que se den un paseo al crepúsculo...*).

En este sentido también se apunta el acierto de toda la operación de cubierta. La *quinta fachada* es aquí la *azotea* andaluza en una adecuada interpretación. El edificio se abre matizadamente hacia el cielo, en un espacio que conjuga el interés formal del remate de la pieza con la realidad de una función que en Almería es más que posible.

Aunque pudiera parecer a primera vista que es un edificio caro, esta obra ha sido realizada con una máxima economía de medios materiales. La construcción es tradicional, y los materiales los propios de la zona. El cuidadoso diseño de algunos elementos como la escalera de zancas metálicas y peldaños de mármol de Macael destacan como contrapunto sobre la sobriedad en que se mueve toda la obra. Debe apuntarse también la naturalidad con que se rematan las cubiertas de la azotea, con una sencilla lámina de hormigón sobre una ligera estructura metálica.

En resumen: nos encontramos ante un edificio de primer orden, capaz de responder impecablemente a cualquier análisis arquitectónico, y capaz de ofrecernos lo que como síntesis última e inefable nos ofrece toda obra de verdadera Arquitectura: la **belleza**. Una belleza inteligente. Belleza que para ser disfrutada, paladeada, como toda obra de arte, como todo buen vino, requiere que le sea dedicado un tiempo. Para su creación y para su degustación. Cuando uno se interna en esta obra, allí se puede aspirar el milenario aroma de la Arquitectura. Y cuando, como el buen vino, se llega a ese preciso punto donde sin perder la casi perdida razón, se entra en el trance de la Arquitectura, se puede, se debe, proclamar que aquella obra es espléndida. Y ésta lo es.

(Tras una gozosa visita al **Conservatorio de Almería**, y después de un detenido estudio de sus planos, se escribió este texto ante una aromática copa de jerez, en un radiante octubre gaditano, sobre un mar Atlántico calmado y susurrante, frente a un encendido sol que se apagaba, en silencio).